

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 34. 26 de Enero de 1985.



Fotos de Plácido L. Rodríguez

Opinión

La literatura no es el burdel de la palabra.

Desde que, en aquel bíblico pasaje, el bello cuerpo desnudo de Susana fuera abordado, en su huerto, por la lasciva mirada de unos viejos escondidos, no han dejado de correr ríos de tinta sobre la exaltación del erotismo como motivo literario. La literatura, al igual que otras artes, ha bebido de esta fuente inagotable, sirviéndose de la sexualidad para traspasarnos la existencia del placer al placer de la lectura. Ahora bien, todos sabemos que no todo el monte es orégano y que, en este sentido, siempre se han cortado árboles con la mayor impunidad. Al fin y al cabo, y con no menos campo de visión, también será más fácil distinguir la literatura de sus inevitables sucedáneos. Por ello, los que somos el blanco receptor de novedades editoriales, apreciamos con frecuencia la publicación de libros mal escritos y aburridos, tiernamente indeseables, que bajo la máscara de pretensiones literarias, persiguen la atención de los lectores y el beneplácito de los críticos. Pero lo verdaderamente grave es cuando estos últimos, movidos por intereses extraliterarios, se vuelven prestidigitadores o químicos de las "bodas de Canaán". Sin lugar a dudas, la mediocridad también suele echar mano de la osadía. Y es que no puede definirse de otra forma a estos textos que, como los publicados en estos días por Aldo Coca ("Cuentos Inenarrables", Tusquets, sept. 1984) o un incierto Pierre-Sebastien Heudaux ("Nuestros Placeres" Anagrama, 1984) resultan ser ortodoncias narrativas, ciertamente "inenarrables". De ahí que la rigurosi-

dad y el respeto que la literatura merece, nos obligue a ser intransigentes con obras, no menos decadentes, de ciertos autores de merecido y reconocido prestigio. Me refiero, por poner un solo ejemplo de reciente actualidad, a libros como "Opus pistorum" de Henry Miller (Tusquets, 1984). Entiendo y admito que la necesidad o cualquier otra motivación, llevara al novelista norteamericano a escribir este monótono relato para su amigo Luboviski en 1942, por un dólar la página. Pero, literariamente, "Opus pistorum" no tiene nada que ver con sus "Trópicos". La literatura, y Henry Miller lo sabe, es otra cosa.

En torno a ello, tal vez sea oportuno recordar aquí a Boris Vian en aquella conferencia pronunciada el 14 de julio de 1948 en el Club Saint-James de París, sobre "La utilidad de una literatura erótica". En ella, Boris Vian consideraba que el escritor debe intentar "atraerse al lector por todos los medios a su alcance; y uno de los más eficaces es, sin duda alguna, el de producir en él una impresión física, el de hacerle sentir una emoción de orden físico". Sin embargo, dice "no se pueden incluir las obras de Sade dentro de la literatura erótica porque no se las puede clasificar dentro de la literatura". Efectivamente, el Marqués tiene otros méritos que no son precisamente literarios. Pero este es otro tema. Para Boris Vian, debería ser considerada como parte integrante de la literatura erótica toda obra de arte que produzca en el lector el deseo de amar física-

mente, sea directamente o por representación interpuesta. Pero entiéndase bien: *Toda obra de arte*. "Esto —dice más adelante— hace que el problema de la utilidad de la literatura erótica nos conduzca exactamente al de la utilidad de cualquier forma de literatura". Utilidad que es patente en el erotismo poético de Pierre Enmanuel, por citar como homenaje a un autor recientemente fallecido, o en el de los siete poemas de Rilke sobre el falo del hombre. Boris Vian, en cambio, no tradujo totalmente a la práctica sus coherentes reflexiones, y en los escasos poemas porno-eróticos que escribió a lo largo de su corta vida ("Libertad", "Durante el congreso", "Las Vainas", "La marcha del pepino" y la "Misa en Jean Mineur") apenas si deja sentir la más mínima validez estética. No podemos decir lo mismo de "Drencula (extracto del diario de David Renson)", breve narración en la que condensa una nutrida variedad de placeres sexuales, porque aquí sí pueden descubrirse los más elementales recursos propiamente literarios.

La escritura, como realidad estética, tiene unas leyes determinadas e intransferibles. Cuando no se cumplen, la literatura no existe, y su nombre no debe tomarse en vano. Quiero decir, de forma más clara y para terminar que, a través de la palabra, un burdel puede ser tan bello como sórdido, pero jamás la literatura fue el burdel de la palabra.

FRANCISCO LOPEZ